

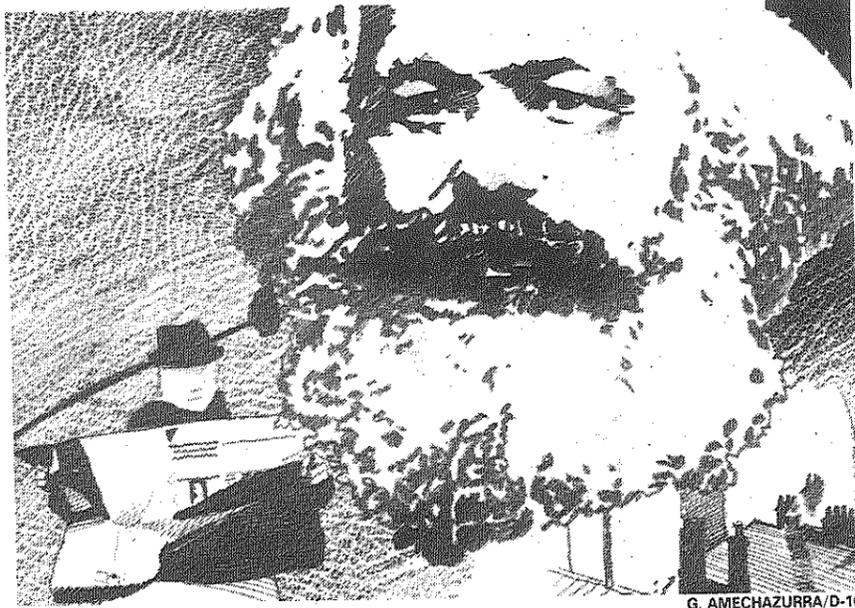
VEINTE envío a la grande nacionalista» es el desafío que ha resonado por toda la piel de toro. El desafío procede del equipo «nacionalista» vasco/catalán. «¡Ordago!» ha sido la respuesta que no se ha hecho esperar desde el equipo «nacional». El órdago a la grande nacional lo ha pegado el Rey desde La Zarzuela, después de guñar el ojo a la Moncloa, al Ejército y al pueblo español. El juego de los equipos nacional-nacionalista, que es un viejo juego español/antiespañol, vuelve a ponerse sobre el tapete de las emociones tribales.

«Toda la historia de la humanidad hasta la fecha es una lucha de clases. La lucha de clases es el motor de la historia.» Carlos Marx descubrió una ley social comparable a la ley de la gravedad de Newton. Carlos Marx se percató de que las clases se disfrazaban con distintos collares, pero eran siempre las mismas: ayer se llamaban patricios y plebeyos; luego señores feudales y siervos de la gleba; hoy (cuando escribe Carlos Marx), burgueses y proletarios. Si viviera hoy, Marx podría hablar de una nueva modalidad: «nomenklatura» y obreros mundos y lirondos; abrigos de visón y zapatos con diamantes de las elenas ceaucescus frente a mujeres cubiertas con harapos titiritando de frío en pisos desconchados sin calefacción. No se percató Carlos Marx, sin embargo, de un pensamiento genial de su admirado maestro Aristóteles: «No habrá igualdad entre los hombres mientras no se supriman las ganas de ganar.»

En cierto modo, nadie hace tanta publicidad a las ganas de hacer el amor como el que renuncia a estas ganas. Nadie hace tanta publicidad a las ganas de vivir en un palacio y pasearse en Rolls como el que hace voto de pobreza (el pueblo de Sancho ha acuñado entre paréntesis la expresión mordaz de «hacer de la necesidad virtud»). Pero, salvo unos pocos franciscos de asís o mahatma gandhis (Juan Luis Cebrían citaba el otro día al padre Llanos que vive en el Pozo del Tío Raimundo), la mayoría de los mortales profesa el cristianismo («da todo a los pobres, ven y sígueme») o el marxismo (la solidaridad no parece un concepto muy alejado de la caridad o «ágape» cristiano), pero jugando duramente el juego económico a ganar con/contra otros marxistas y/o cristianos: a ver si consigo «dar en las narices» a mis vecinos (de piso, de profesión o de cofradía ideológica) con la compra de un piso de 50 millones, con el estreno de un BMW y citando, como que

JOSE ANTONIO JAUREGUI

## Tribu, clase, ideología El triple juego político (I)



G. AMECHAZURRA/D-16

no pasa nada, las vacaciones pasadas en un safari en Africa, con camaradas de BMW (esos sí que son camaradas de verdad). El juego de clases sigue siendo el motor de la historia. ¿Qué «primitivo» —no uno de Rousseau sino un de Malinowski— no quiere tener más propiedades y más mujeres? Malinowski ya habló de los «sorceres of renown» («los brujos famosos») y de «los grandes jefes»: ambos lograban por distintas vías alcanzar los puestos económicos altos y tener acceso a varias mujeres. Sin duda el Marx sociólogo o antropólogo social que descubre la gran ley —todavía por explorarse en todas sus avenidas y vericuetos— de la «lucha de clases» como «motor de la historia» tiene un puesto muy alto en la «commonwealth of Learning», «La República del Conocimiento», en feliz expresión de John Locke. En 1972 me invitó a almorzar a su casa Mary Douglas, la distinguida antropóloga británica.

«¿Quieres que visitemos la morada de un ilustre vecino mío? Me refiero a la tumba de Carlos Marx.» Todavía recuerdo ese paseo por el High Gate Cemetery y la impresión que me produjo el contemplar por vez primera la tumba/mausoleo de este secuioa en la selva de los «científicos de la sociedad y de la cultura» (si fuese acertada esta expresión de Malinowski). Leí en su tumba una frase que me llamó la atención: «Los filósofos han intentado comprender el mundo; de lo que se trata, sin embargo, es de cambiarlo». «Manda "narices" —pensé en mi interior con el término más fuerte y soez del pueblo de Sancho—. Pero si esto mismo ya lo dijo Tomás Kempis.» Comencé a descubrir a dos Carlos Marx; uno, el científico lúcido y genial, el Newton de las ciencias sociales que bajo la maraña de disfraces y maquillajes descubre y hasta desenmascara una ley: la eterna lucha de clases como el motor de la historia.

Pero otro Carlos Marx es el Tomás Kempis, el misionero laico que proclama la inutilidad de todo conocimiento científico, si no se «cambia el mundo». Y este Carlos Marx, cual convertido y convencido Pablo de Tarso, se lanza a «cambiar el mundo» y a crear un «hombre nuevo». Hay que «concienciar» al pueblo (San Pablo diría «convertir»), para que se apeee de su «espíritu burgués o pequeño burgués» (San Pablo diría «egoísmo») para que se solidarice con todos hasta llegar a crear una sociedad nueva, perfecta, justa,

Dijo Chesterton en su inimitable estilo mordaz emparentado con el Arcipreste de Hita que «ni el marxismo ni el cristianismo habían fracasado, porque nadie había intentado ponerlos en práctica». Sin duda el marxismo ha sido y sigue siendo para muchos fieles de buena fe una brújula ética que orienta sus vidas. Sin duda, gracias a este espíritu solidario, han logrado los obreros algunas mejoras en sus derechos laborales, en sus salarios mejor retribuidos, en sus vacaciones que antes no existían, en una educación y servicios sanitarios cubiertos para todos. Pero está todavía por verse en qué medida se pueden mejorar las reglas éticas y estéticas del juego de clases y cómo debe regularse este juego que sigue siendo «el motor de la historia» pero también la causa de que siga en pie el muro horrible que separa a los supermillonarios de los que no tienen donde caerse muertos.

Pero no es el juego de clases el único motor de la historia. Está también el «juego de las tribus». Los seres humanos forman equipos de clase, pero, en otro orden de cosas, ayer y hoy forman equipos tribales. Desde 1977, año en que se publica en Espasa-Calpe «Las reglas del juego: Las tribus», al alimón con mi serie de RTVE del mismo título, me he dedicado en foros académicos o periodísticos (que no son necesariamente «frívolos» como saben Unamuno y Ortega y Gasset) a abordar este juego con sus equipos, con sus hinchas, con sus reglas, con sus estrategias y con sus trampas: el juego de las tribus o sociedades territoriales. A través de todo un engranaje complicado de mecanismos físicos, químicos, mentales y emocionales, el ser humano a través de grabaciones que proceden de su sociedad ambiental y que se instalan inconscientemente en su ordenador cerebral «se hace euskaldún, catalán, iraní, kurdo, español, francés, japonés», es decir, miembro de equipos territoriales.

José Antonio Jáuregui es antropólogo y profesor de Universidad.

- NOSOTROS NO SOMOS RACISTAS. TENEMOS TRES HIJOS. LOS DOS MAYORES BLANCOS Y ESTE QUE ES EL PEQUEÑO NEGRO.



J. J. ARMAS MARCELO

## Simplemente izquierdistas

EL fin de las barreras ideológicas y la cambiante señalización en los países del Este europeo han dejado a la izquierda continental conteniendo la respiración. Las referencias históricas se han vuelto del revés, inservibles para un análisis profundo a la hora de la exégesis obligada del siglo. Los más cultos sacerdotes de la interpretación están confusos, perplejos ante los acontecimientos. ¿Cómo declararse hoy para situarse en lo que tradicionalmente hemos llamado durante más de un siglo de izquierdas? Comunismos y socialismos observan con asombro su vertiginoso cambio, sin poder reprimir —en muchos casos— un respiro de alivio. Aquello en lo que creyeron como una religión totalitaria y salvadora se demuestra como un grave error de síntesis, alargado en el tiempo con dictaduras y mitologías que revelaron más tarde sus contradicciones.

¿Hay de verdad a la izquierda del socialismo democrático, casi liberal y contradictorio, un abismo irresoluble? El comunismo europeo llamó «revisionistas» a cuantos denunciaron con anticipación profética el derrumbe y el error del «centralismo democrático». El leninismo ya es un evangelio anacrónico, superado por los acontecimientos, rebasado por la historia misma que decía manejar. ¿Ha-

brá que declararse «simplemente de izquierdas», sin más profundidad en esa ambigua definición que ha dado siempre muy poco? Algunos han dicho que ser de izquierdas hoy es estar contra el poder. Ocurrente y no menos tópica salida de tono para escapar de una más profunda confesión. La moda de los tiempos acaba imponiendo lenguajes y códigos que, ideológicamente, ayer mismo habíamos rechazado. Tal como éramos, no éramos otra cosa que izquierdistas, simplemente ingenuos que repetíamos hasta la saciedad teorías que jamás veíamos cumplidas en la realidad de la vida.

Los resultados saltan a la vista. Los países del Este, derrumbados en su propio laberinto, huyen del Edén colectivista que hoy llamamos sin tapujos «capitalismo de Estado». De modo que, con un recuerdo borroso para Herbert Marcuse, el viejo sabio que nos despertó la sospecha del descreimiento, ya podemos decir que llegamos donde íbamos: a la comodidad de declararnos simplemente izquierdistas, sin que sepamos exactamente las características esenciales e históricas de esa etiqueta. A la vuelta del siglo, cuando el milenio aprieta las horas, declararse izquierdista es una trivialidad ideológica, porque otros muchos seguirán siendo comunistas, a pesar de tantos pesares y evidencias.

**M**i niña Maite, de cuatro años, sin haber estudiado conscientemente ninguna regla de gramática española, habla sin equivocarse a toda velocidad y aún dice «ponido» y «morido». España, una sociedad territorial, ha creado un complejo de correspondencias entre sistemas fónicos y sistemas de ideas y de sentimientos. «Papá, han dicho en la tele "cabrón", me señaló Maite el otro día. «Cabrón» es un sonido que no significa nada en inglés, en francés o en euskera, pero ya Maite en su ordenador cerebral tiene la correspondencia entre este sonido y un valor ético/estético proscrito.

El sistema de pensamientos y de sentimientos es creación inconsciente de una maquinaria social: España o Cataluña. Este es un descubrimiento de Durkheim. Pero estos sistemas inconscientes se graban automáticamente en otra máquina maravillosa que denomino el «ordenador cerebral». El individuo piensa, siente y actúa dentro de estos sistemas, que se le imponen tanto desde el exterior (su sociedad/cultura) como desde el interior (su ordenador cerebral).

No se puede entender qué es o cómo funciona la «polis», la sociedad, sin tener en cuenta que la «polis» es, en parte, una «geópolis» (sociedad territorial) y, en parte, una «ideópolis» (sociedad de creos ideológicos: marxista, fascista, de derechas, de centro, liberales, de tal o cual profeta, preste y, aun, sacristán).

La «polis» se define también como «econópolis» (la clase o sociedad de los de Rolls frente a los pobres-de-solemnidad o clase media o media-alta, los «pudientes» y «los pobres»). Son tres juegos distintos y no siempre juegan los seres humanos en el mismo triple equipo. Tenemos hoy en España a marxistas «devotos de Marx y del Mercedes» o a cristianos «devotos de Frascuelo y de María» (Machado), cristianos de BMW y cristianos del Pozo del Tío Raimundo. Se encuentran los cristianos en la Iglesia y comparan «el mismo pan», pero los cristianos de BMW comparten las mismas viandas exquisitas en un restaurante de cinco tenedores con otros cofrades de clase, que pueden ser ateos militantes, pero no con cristianos de «clase baja». Hay marxistas ricos y pobres, y hasta multimillonarios y pobres de solemnidad. El equipo de clase no tiene nada que ver con el equipo ideológico, como demuestran los tozudos hechos antropológicos.

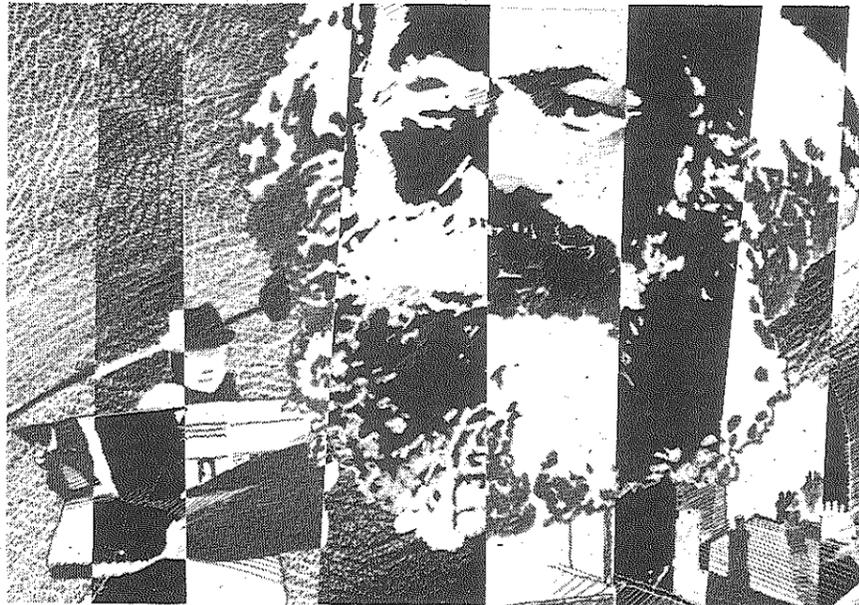
Pero el juego de las «geópolis» no es un juego menor, si queremos entender todo el juego «político» de la «polis» total.

Hay partidos marxistas o, al menos, de

JOSE ANTONIO JAUREGUI

TRIBU, CLASE, IDEOLOGIA

## El triple juego político (y II)



G. AMEHAZURRA/D-16

izquierdas, «progresistas», que, en principio, parecen aceptar el análisis de Marx como «toda la madre del cordero». Los partidos se alinean en equipos territoriales y puede el juego tribal o territorial predominar sobre el ideológico.

El PNV o CiU son partidos de derechas o, al menos, de centro que juegan, por tanto, con el equipo ideológico de un PP o de un CDS. Pero en el juego territorial por excelencia de la soberanía, la independencia o la autodeterminación, en el PNV, tal vez, haga o hace equipo con HB, EA o EE, o bien CiU con partidos de izquierda catalanes. Según cómo se desarrolle el juego, los partidos de izquierda, de centro y de derecha pueden alinearse, ante todo, como «catalanes» o «euskaldunes», con/contra partidos de izquierda, derecha y centro que abogan por una España nacional que incluya a vascos y a catalanes.

El juego de la geópolis aquí y ahora, en España, en Europa y en el mundo entero, está adquiriendo un renovado vigor.

Tal vez al Gorby se le pueda ir la *pe-restroika* a «freir espárragos» — ¡Dios no

lo quiera! —, precisamente por este juego de las «geópolis»: lituanos, estonios, incluso georgianos, tal vez, lancen unos órdenes nacionalistas que den al traste con la cruzada de Gorbachov. Por otro lado, los polacos, los checos, los búlgaros, así como los rusos mismos, quieren jugar en el equipo territorial de la CE: «la casa común europea». El Papa y Gorbachov hacen equipo en este juego «geopolítico»: queremos hacer equipo territorial con la CE. Los alemanes de la media Alemania marxista quieren hacer equipo con los de la otra media Alemania. Vuelve a oírse la frase manida de Mauriac: «quiero tanto a los alemanes que quiero verles divididos en dos.» Esta frase es, naturalmente, un insulto etnocéntrico intolerable.

En nuestra piel de toro vuelven a oírse fuertes envidios al juego del mus nacional-nacionalista. El juego es complejo y complicado. No todos los vascos quieren jugar con la geópolis nacionalista de un Euskadi independiente que incluya a las «siete provincias vascas». No todos los catalanes quieren jugar en un equipo de una Cataluña con fronteras, pasaportes y

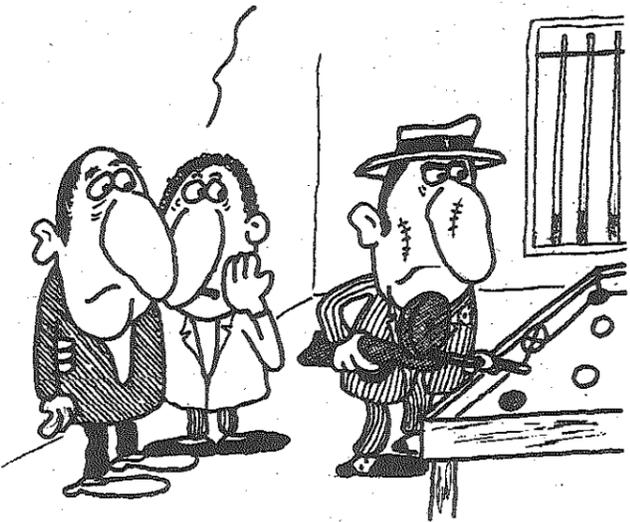
visados para gallegos y castellanos que adquirirían su condición de extranjeros. Por otra parte, si a partir de 1992, caen las fronteras, pasaportes y visados españoles y franceses, la CE será la nueva nación. Todos seremos de nacionalidad europea. La CE será un equipo tribal fuerte que podrá, al fin, independizarse más y más de la supertribu militar USA (hoy económicamente tambaleante) y de la supertribu económica nipona (que se da la chulada de humillar el sentimiento tribal USA comprando el centro Rockefeller y pagando precios extravagantes del arte europeo en una especie de «poilatch» de los kwakiuti).

¿Qué puede significar el juego nacionalista de vascos y catalanes en 1993? «Es que queremos la Europa de los Pueblos», contestan algunos. En Estados Unidos he podido comprobar que es «América» (como ellos llaman a su país indebidamente), la bandera de franjas y estrellas, su presidente, quienes bombardean el cerebro de niños y adultos a todas horas y desde todos los ángulos. El equipo USA es el equipo territorial que se lleva la parte del león simbólica, ritual, económica, política y militar. Los Estados —California, Nebraska, Wisconsin— se llevan la parte del ratón. Las ciudades, sobre todo metrópolis como Los Angeles, Nueva York o Chicago, también destacan como «geópolis» y están más en el escenario cultural y político que los Estados. He preguntado a ciudadanos de Los Angeles quién era el gobernador de California, y en muchas ocasiones han dudado antes de responder o no han sabido contestar.

Tal vez, en el nuevo orden o apaña del rompecabezas tribal o territorial europeo de 1993, Europa se lleve la parte del león y ciudades como París, Madrid o Barcelona. España tendrá que pelear con Alemania (unida o reunida, que es doblemente unida), con Francia, con Italia para conseguir su parte alícuota de catedráticos, de autopistas, de películas subvencionadas. ¿Cómo seguirá el juego de nuestra «polis» europea, con tanto equipo variopinto y encontrado, todos empujados por las ganas genéticas ineludibles de ganar todos los juegos: el de mi «econópolis», el de mi «ideópolis» y el de mi «geópolis» (y quedan otras «subpolis» en el tintero)? De momento, el respetable sigue impaciente las últimas jugadas de los rumanos, de los alemanes, de los lituanos, y aquí, en nuestra piel de toro, la última palabra de moda se llama «autodeterminación». La tribu, la clase, la ideología: ¡qué gran trinidad política!

José Antonio Jauregui es antropólogo y profesor de la Universidad Pública de Navarra.

- EN LA EPOCA DE LA LEY SECA FUE CAMPEON DE CHICAGO A TRES BANDAS



JOSE LUIS COLL

## El azar

**V**VIVIMOS sin saber lo que nos puede pasar dos segundos más tarde. Lo que quiere decir que vivimos bajo supuestos sobreentendidos. Nadie conoce su futuro y, en el fondo, y pese a la quiromancia, nadie querría saber a ciencia cierta lo que le va a suceder más adelante. Nos despedimos de las gentes con un aburrido y monótono «hasta mañana» o «hasta el martes», sin tener la más pajolera idea de qué va a pasar antes de mañana y mucho menos antes del martes. Pero, no obstante, damos por hecho lo que tal vez no suceda nunca, por capricho del azar, que es quien, en realidad, rige todos y cada uno de nuestros movimientos, desde el mismo día en que venimos a formar parte de esta tan repetida historia que es la vida.

Entre otras muchas razones, me viene a la memoria la triste y lamentable historia de ese compañero, ese colega y buen profesional que no está libre por un capricho del azar. En aquel preciso instante, su coche y el otro chocaron. Lo

demás ya se sabe y no viene al caso. Respetable si uno de los dos coches, hubiera salido o retardado su salida simplemente un segundo, no hubiera ocurrido nada o la historia sería otra. Por un simple segundo, cambia toda una vida. Se quiebra una buena trayectoria, se medio desatan dos lazos, aunque el nudo continúe. Cambia, asimismo, las vidas de otras gentes afines a la del protagonista. El organigrama se desconcierta y surgen nuevas líneas y curvas, jamás imaginadas.

Y esto mismo es lo que nos pasa al resto de los humanos, incluidos los otros animales. Tenemos en la mente la película-avance de nuestros futuros inmediatos. Y hasta de otros futuros más distantes. De ahí que hagamos proyectos, y hasta juremos y demos nuestra palabra de honor de que «vamos a hacer» algo. Apostaríamos nuestras propias vidas.

—Te juro que mañana...

Y nunca contamos con ese segundo inoportuno. Y otras veces providencial.